

Ensayo

Aquel Puerto de Sóller

José M^a Rodríguez Tejerina

Homme libre, toujours tu chériras la mer
Charles Baudelaire

La reciente apertura de un largo túnel que horada una montaña de la Sierra de Tramontana ha reducido, de manera espectacular, el trayecto por carretera que separa Palma de Mallorca de Sóller. En apenas poco más de media hora puede llegarse, por tierra, a *Es Port*.

El Coll

Queda en el recuerdo nostálgico la ruta del *Coll*, con sus sesenta y cuatro cerradas revueltas, que acostumbrábamos a recorrer en las mañanas de estío, con el mar siempre presente, y el chirriar de los frenos del coche desafiando al fondo umbrío del valle, cubierto de rocas, naranjos, limoneros, pinos; olivos viejos. La carretera fue construida, muy trabajosamente, en tiempos de Isabel II. Se estableció enseguida un servicio de diligencias. Que partía de Sóller a las cinco de la mañana, se detenía en Ca'n Penasso, frente a Buñola, para que desayunaran los pasajeros y cambiar de mulas, y llegaba a Ciutat después de las nueve de la "matinada".

A veces deteníamos el coche en lo alto del *Coll* y entrábamos en un pequeño y modesto hostel ubicado a la izquierda de la carretera, *Ca'n Topa*. Parada obligada antaño también, de las diligencias. Un edificio alargado, con la *porxada* de co-

lumnas de *marés*. En su interior, varias mesas bajas de madera, unas sillas de enea, un aparador repleto de vistosas botellas de licores.

Su obsequioso dueño, *Jaume*, era muy dado a curarse sus dolencias con yerbas que cogía por los alrededores. Bebía asimismo, abundantemente, agua pura de un manantial cercano, la Font del Teix. Solía regalarnos flores de *camamil·la*, la manzanilla recolectada en los árboles de aquella montaña, y que pretendía era de mejor sabor y tenía más virtudes curativas, frente a las enfermedades digestivas, que la famosa del castillo de la Mola en Mahón, que, tradicionalmente, se mandaba al Ministerio de Marina. Su mujer, *Aina*, era bajita, delgada, de tez renegrida. Hablaba sin cesar, de manera disparatada. No tenía hijos. Había sufrido muchos "asbordos", de fetos con formas de ratas, de siniestros murciélagos. Atribuía estos fallos de la Naturaleza, como en tiempos de Galeno, a que el "beneït" de su marido era "esmeril".

Pese a tomar tantas hierbas y beber mucha agua del cercano y "milagroso" manantial, *Jaume* murió pronto, súbitamente, su mujer abandonó el negocio y se marchó a residir en Sóller, de donde era nativa. *Ca'n Topa* pasó a manos de un sobrino de ella y después a sucesivos dueños, a quienes tocó vivir tiempos adversos. Con la apertura del túnel, la ruta del *Coll* quedó prácticamente desierta, sin tránsito alguno. Se arruinó el último propietario de la venta, un anciano medio francés, *Sa Cutrada*; le asaltó una fuerte depresión y se suicidó, pegándose un tiro con una escopeta.

Sóller

Antes de llegar al pueblo de Sóller, nos deteníamos a visitar, al final de la carretera de Valldemossa, el taller de un conocido ceramista, Luis Castaldo. Penetrábamos en su remozada casa antigua, de

payés, con la chimenea de su horno artesanal siempre humeante. Charlábamos con “Luis” y su mujer “Bel”. Admirábamos los cacharros de gres que se exhibían en grandes estanterías blancas. Recipientes de formas elementales y poéticas. En los que, al decir de Camilo José Cela, latía la huella divina, ancestral, del alfarero. El oficio de Dios, cuando creó, modelando en barro, a su imagen y semejanza, la figura del primer hombre.

Luego, entrábamos en la ciudad de Sóller, silenciosa, con su gran plaza y la iglesia, de fachada extraña, obra del arquitecto catalán Juan Rubió Bellver, apasionado discípulo de Gaudí, que la edificó en 1912.

Y, al fin, arribamos a la Estación Naval, tan activa durante la Guerra Civil y casi totalmente desmantelada hoy.

La Estación Naval

La *Estación Naval de Sóller* se llamó, en sus principios, *Base de aprovisionamiento Sóller*. Se construyó el 14 de abril de 1937, en plena Guerra Civil, y fue su primer Jefe don Joaquín María Pery Junquera, entonces teniente de navío, que llegaría a ser, ya almirante, el último Ministro de Marina, y a quien conocí a bordo del buque-escuela *Juan Sebastián de Elcano*.

En aquella *Base* se escondieron los submarinos *General Mola*, el antiguo *Archimede*, y *General Sanjurjo*, ex-*Torricelli*, que eran gemelos y de procedencia italiana. Operaban en el Mediterráneo hundiendo a los barcos mercantes extranjeros que pretendían abastecer a los republicanos.

El *General Sanjurjo* fue mandado, primero, por el capitán de corbeta Pedro Suances. Y luego, por el teniente de navío Luis Carrero Blanco. Hundió, entre otros, al buque inglés *Endymion*, que transportaba carbón a Cartagena, el 31 de enero de 1938, a la altura del cabo Tiñoso.

El *General Mola*, a su vez, echó a pique ese mismo día, al carguero holandés *Hanneh*, en las cercanías del cabo de San Antonio.

Por los años 40 estos dos submarinos pasaron a depender de la *Base de Submarinos de Cartagena* y fueron al fin dados de baja de la Armada el año 1959.

Hubo también otros buques de guerra y auxiliares en el Puerto de Sóller por aquellos años: el torpedero nº 17, un remolcador, la lancha del práctico.

En 1941 se convierte en *Escuela de Armas Submarinas “Bustamante”*. Dos años más tarde se la denomina *Estación Naval de Sóller*. Tiene una dotación de 460 marineros, una compañía de Infantería de Marina de 150 individuos, la *Escuela de Armas Submarinas* que, con sus alumnos, alcanza la cifra de 200 hombres.

En su *Enfermería* se instala la primera cámara hiperbárica que existió en Mallorca para el tratamiento precoz de los accidentes ocurridos durante la práctica de actividades subacuáticas. Es de fabricación inglesa y procede del desguace del buque de salvamento, *Alhucemas*. En 1973 fue trasladada a la *Estación Naval de Porto-Pi*. El médico de la Armada José Tomás Monserrat, el popular “metge” de la Base, utilizó, con éxito, esta cámara en repetidas ocasiones.

El destructor *Almirante Miranda*, junto con los también destructores *Velasco* y *Huesca*, permanecieron en los muelles de la *Estación Naval* hasta 1969. Fecha en la que fueron llevados, asimismo, a Cartagena y dados de baja.

En 1971 se traslada la *Escuela de Armas Submarinas* a Cartagena y se desmonta la *Estación*, que se llamará a partir del 12 de marzo de 1973, *Destacamento Naval de Sóller*, con una dotación mínima de 13 marineros, 3 suboficiales, 2 maestros de Arsenal y un Jefe, el capitán de fragata de la Reserva Naval Activa, don Miguel Bosch Flexas.

Adornan el *Destacamento* viejas minas de orinque, cabezas de torpedo de ejercicio, paravanes, y se conservan, más o menos cubiertos, los raíles del tren que transportaba a la *Escuela de Armas Submarinas*, material de guerra desde Palma de Mallorca; minas, torpedos, carbón. Perdura el antiguo edificio de la Residencia de Jefes y Oficiales de la Armada, en lo que fuera hotel *Costa Brava*. Más lejos, hacia la montaña, estaba otro hotel, el *Torremar* y la casa de una cura muy adicto al Movimiento Nacional.

Desapareció el "xalet del Port", pero perdura la vieja fuente, de 1905, que abastece al *Destacamento* de agua potable de la Font des Uets.

Las campanas de la iglesia de la parroquia de Sant Ramon de Penyafort, fueron fundidas con el bronce de las máquinas de los torpedos W. Y en los bancos del templo figuran, todavía, los nombres de los antiguos barcos de guerra, varios desaparecidos jefes de la Armada y diversos personajes de Sóller.

Georges Bernanos

También se conserva en el Puerto de Sóller el recuerdo del polémico y famoso escritor francés Georges Bernanos. En un extremo de la playa de Es Repic nos encontramos una fuente con una lápida que rememora la corta estancia del novelista católico en este lugar.

Bernanos, su mujer, Jeanne, sus tres hijos varones, Yves, Michel, Jean-Loup, y sus tres hijas, Chantal, Claude y Dominique, llegaron a Sóller el 8 de octubre de 1934. Alquilaron una casa grande, la villa *Mar y Roca* (que aún se conserva, renovada), por 130 pesetas al mes. Cantidad que resultaba elevada para la época en Mallorca, pero que les pareció a la tribu, más bien "horda", de los Bernanos, económica. Además, la comida era muy barata y pudieron saciarse de pescado, cordero, legumbres, frutas. Georges estaba escri-

biendo por aquellos días una novela policiaca: *Un crime*.

Pronto, al cabo de un mes, se trasladaron todos a Palma. Tomaron primero el tranvía eléctrico y luego el pequeño tren que ya unía el "bourg" de Sóller con la capital de la Isla de Mallorca. Alquilaron sucesivos pisos en el barrio del Terreno. En uno de ellos les sorprendió la Guerra Civil. Y, pese de sus ideas conservadoras y profunda religiosidad y de que su primogénito, Yves, fuera falangista y estuviera adscrito al grupo de los fanáticos asesinos *Dragones de la Muerte*, se distanció enseguida de la ideología de la Cruzada. Sobreponiéndose a sus tremendas dificultades económicas, a la turbulenta vida de sus hijos, Georges Bernanos escribía como un forzado en un café del paseo del Borne de Palma, artículos y más artículos de prensa. Amén de varias novelas: *Journal d'un curé de campagne*, *Monsieur Ouvine*, *Nouvelle histoire de Mouchette*, *Vie de Jésus*. Y sobre todo, *Les Grands Cimitières sous la lune*, obra que sería publicada en París en abril de 1938 y constituyó una dura diatriba contra la represión franquista en Mallorca. El panfleto obtuvo un éxito enorme.

María Teresa León y Rafael Alberti

Cuatro años antes, en 1930, habían pasado también una temporada en el Puerto de Sóller una pareja de enamorados escritores: María Teresa León y Rafael Alberti.

Era ella una mujer muy bella, rubia, de ojos verdes, pasional. Casada, con hijos. Y él un joven y prometedor poeta gaditano, con aficiones pictóricas; tuberculoso.

María Teresa describirá, tiempo después, en un emotivo libro, *Memorias de la melancolía*, los días felices que vivieron en *Es Port*.

Estuvieron alojados en una pensión, cerca del Puerto. Paseaban descalzos, por

las rocas, trepaban por las colinas cubiertas de olivos. Cogían naranjas. Contemplaban los viejos barcos de vela, *pailebots*, *xabecs*, *llauts*, *falutxos*, *goletes*, que cabeceaban en la bahía con los mástiles y las jarcias repletos de pájaros.

¡Dulce mar!, ¡Dulce mar! Recuerda, emocionada, María Teresa.

Dos veranos más tarde, en 1936, Rafael y María Teresa arriban de nuevo a las Islas Baleares, esta vez a Ibiza. Les sorprenderá en ella el inicio de la Guerra Civil. Vivieron en un molino, el *Molí de Socarrat*, que tenía un velamen herrumbroso y se erigía en lo alto de un alcor. Desde sus ventanas se columbraba el mar latino, de un azul milenario; la arena de las calas, los algarrobos, los almendros, los pinos girasoles, los retorcidos geranios rojos de la ribera. Les despertaba, cada mañana, la luz de la aurora.

Un día la Guardia Civil fue a buscarlos. Se esconden en una frondosa higuera. Luego, huyen al monte, al *Pino*. Unos camaradas del Partido les ayudan y sobreviven veinte días angustiosos. Hasta que les liberan las huestes del capitán Bayo. Retornan a Madrid.

María Teresa murió muy anciana, a los 84 años, sumergida en las densas nieblas del mal de Alzheimer. Mas, en el fondo de sus verdes pupilas adormiladas, tal vez persistiera la imagen lejana de aquel puertecillo de Sóller: el primer escenario de su larga y apasionada aventura amorosa con Rafael Alberti.

Alberto Insúa y Renée

Un testimonio casi olvidado de la estancia en el Puerto de Sóller de otra pareja de literatos enamorados, es el que nos ofrece en sus libros de *Memorias*, Alberto Insúa.

Insúa fue un escritor muy famoso del primer tercio de nuestro siglo. Cuenta en su haber con una serie de novelas con cierto matiz erótico al par que romántico.

Entre ellas, *Las flechas del amor*, *El negro que tenía el alma blanca*, *Las fronteras de la pasión*.

Antes de la Primera Guerra Mundial, hacia 1911, vivió en París, por cuenta de la editorial "Renacimiento" y como corresponsal de algún periódico de Madrid. Y conoció en la antigua Lutecia a Renée Lafont, culta hispanista y traductora de las obras de Blasco Ibañez.

Renée era soltera, treintona, de ideas progresistas, delgada, los ojos negros, rasgados, la boca grande y triste; una nariz descomunal que la "descomponía el rostro". Mujer francesa, "romanesque", inteligentísima, conocía a la perfección varios idiomas, amén del suyo propio; el alemán, inglés, italiano, español, griego antiguo y latín clásico. Renée estaba enamorada de Vicente Blasco Ibañez y había sido la amante frustrada de Jorge Rodenbach, el poeta belga muerto hacía unos años, autor del célebre libro, *Brujas la muerta*.

Vivía Renée con sus padres en una vieja casa del Barrio Latino, en la colina de Santa Genoveva, detrás del Partenón, en la calle del Cardenal Lemoine.

El padre, monsieur Charles Lafont, era profesor de Retórica en el Liceo Henri IV y acérrimo hispanista. El piso de los Lafont estaba repleto de muebles raros y, sobre todo, de libros. Los variopintos volúmenes llenaban las paredes de pasillos y alcobas y se amontonaban, desordenados, polvorientos, en la mesa, sillón, sillas y la raída alfombra del despacho.

Alberto, cuando conoció a Renée, estaba ya casado y tenía dos hijos. Aún era muy joven, poco más de veinte años. Moreno, algo obeso, ambicioso, con un espíritu muy gallego; de naturaleza sensual, quizás debida a la sangre cubana heredada de su madre. Se encaprichó enseguida de la erudita Renée. Y ésta cedió a sus requerimientos.

Alberto y Renée hicieron tres viajes juntos al extranjero. El primero a Inglaterra, el segundo a Bélgica y el tercero a la Isla de Mallorca, en el verano de 1913.

Dejó Insúa a su mujer y a sus hijos instalados en El Escorial y él se marchó en tren a Barcelona, donde le esperaban Renée y un curioso matrimonio de pintores franceses, monsieur y madame Poulet. El señor Poulet era un hombre callado, con mucho dinero, que se llamaba André pero era conocido por *Dedé*. Madame Poulet había sido una asidua y complaciente musa en los estudios de Montmartre. Se la conocía, a su vez, por *Gegé*, diminutivo de Germaine.

Renée Lafont iba a la Roqueta dispuesta a escribir un libro que titularía, *Un verano en Mallorca*, réplica al celeberrimo de George Sand, *Un hiver à Majorque*.

Alberto Insúa se prestó gustoso a desempeñar un imaginario papel de Chopin. Y, siempre estudioso, tomó antes muchos apuntes acerca de la Isla de la Calma, así calificada por Santiago Rusiñol.

Las dos parejas, los Poulet y los Insúa, embarcaron rumbo a Mallorca en un mercante naranjero consignado al Puerto de Sóller. En la primera mitad del siglo XX hubo un intenso tránsito de barcos cargados de naranjas, que iban de Sóller a Cataluña y el Sur de Francia, la Nouvelle, Cette, Marsella, Aigüamortes, Port Vendre, Agde, Cannes y Niza.

El barco que transportó a los "franceses", no disponía más que de un sólo camarote, que el capitán, galantemente, ofreció a Renée y Germaine. Pero éstas rehusaron. No quisieron separarse de sus hombres. Decidieron pasar la noche en cubierta, a la "belle étoile". Renée y *Gegé* fumaron sin cesar, charlaron durante mucho rato, hasta que *Gegé* se durmió pegada a un adormilado *Dedé*. Renée propuso a Alberto tomar sucesivas tazas de café, para desvelarse. Mas también acabó durmiéndose, sentada en una silla. Alberto, asimismo, fue vencido por el sueño, apoyada la cabeza en un cesto vacío que había contenido limones.

Cuando el sol despertó a los cuatro viajeros se columbraba en el horizonte la

costa violácea de Mallorca. Y, muy pronto, se divisó la bocana del Puerto de Sóller, con sus dos faros, el de la Punta Grossa de Muleta y el de Sa Creu.

Al atracar en el moll de la Riba, o de Fora, pudieron ver el Pi de Marisol y el próximo y pequeño oratorio de Sant Ramon de Penyafort, de estilo neoclásico, edificado en el viejo barrio de pescadores, con su ábside y espadaña.

Cuenta la leyenda que, en *Es Port*, en 1232, Sant Ramon de Penyafort recriminó al rey don Jaime I sus adúlteros amores con doña Berenguela. Enfadado el monarca ordenó a todos sus navíos no dejaran embarcar al religioso. Ramon se subió a una roca, imploró la ayuda del Cielo, arrojó su capa al mar y sobre ella arribó a Barcelona, donde fue recibido, entusiastamente, por numerosos pescadores.

Algo más lejos del oratorio se halla el monasterio de Santa Catalina d'Alexandria, levantado sobre una loma. Para ascender hasta él hay que atravesar, trabajosamente, las callejas del vetusto barrio de marineros.

En lontananza se recorta en el intenso azul del cielo, la silueta de la sierra del Teix.

La previsora Renée había alquilado una "torre" destartalada, inhabitable, mas que disponía de una casa próxima de espaciosas habitaciones. Se ascendía hasta la posesión por "un senderillo de guijarros y arena gruesa, que ondulaba entre naranjos, algarrobos y olivos". La terraza de la finca de veraneo, con su balustrada, es tal vez, la misma que hoy se conserva en la Residencia de Jefes y Oficiales del Destacamento Naval. Más distante estaban el hotel Terramar y Sa Torre Picada, y la Batería, y es *Bufador*.

Alternativamente atracaban en el muelle los vapores correos de la *Compañía de Navegación Sollerense*, *María Mercedes*, *Villa Sóller*. (El *Villa de Sóller* fue torpedeado por un submarino alemán, frente a las costas de Francia, durante la Primera Guerra Mundial).

Dedé y *Gegé* se pusieron de inmediato a pintar el paisaje. Renée y Alberto a escribir y recorrer la Isla siguiendo los itinerarios clásicos señalados por Rusiñol y Rubén Darío.

Renée y *Gegé* tomaban el sol, desnudas, en la terraza. Acabaron tan bronceadas que parecían mulatas. *Gegé* al final del verano, estaba embarazada.

Renée terminó su proyectado libro, que no llegó a publicarse como tal, sino cual fragmentos de un folletín, en una revista de poca divulgación.

Los Poulet exhibieron sus cuadros en París, y tuvieron un gran éxito de venta, sobre todo *Gegé* que era muy creativa en sus lienzos.

A monsieur Poulet lo mataron en el frente de los Vosgos en 1916. Su esposa también falleció, al poco, en 1918, víctima de la "gripe española". Del hijo de ambos, el pequeño Raymond, llamado así por haber sido engendrado en Mallorca, cuna de Ramon Llull, bajo el sol afrodisíaco del Puerto de Sóller, no hemos podido saber nada, qué suerte le deparó el Destino.

Alberto Insúa y Renée Lafont mantuvieron sus ilícitas relaciones amorosas dos lustros más. Hasta que les llegó el inevitable desamor.

Santiago Rusiñol

Santiago Rusiñol fue un gran panegirista del Puerto de Sóller. El adinerado, bohemio, pintor, dramaturgo y escritor catalán, vino a Mallorca, por vez primera, en los últimos años del siglo XIX. Dio a la imprenta su archiconocido libro, *La Isla de la Calma*, en 1922. En el que afirma que, "acaso la calma mayor de la Isla y de esta tierra de la calma, es el venturoso puerto de Sóller".

Un puerto para descansar, en su vejez, los capitanes de goleta. Donde él quisiera disfrutar de los años de su ancianidad. Los laúdes son siempre blancos, no sue-

nan las sirenas; porque el Puerto de Sóller, "no quiere ruidos, ni el mar quiere olas, ni los hombres gritos". Es un puerto de gente tranquila. El mejor sitio de convalecencia e internada de los barcos averiados. Un lugar idóneo para practicar el deporte de la pesca con caña, mientras las mujeres zurcen la redes de pesca al lado de un ancla oxidada por los años, y, por la noche, el faro lanza sus periódicos destellos y suena, a veces, el sonido de un acordeón, lejano e insomne.

Santiago Rusiñol fue testigo de la inauguración de *Es tren de Sóller*, el día 16 de abril de 1912. Un acto solemne. En la estación de Sóller bendijo la máquina y los vagones, el señor obispo de la diócesis, el *bisbe* Campins. Pronunciaron sendos discursos, el gobernador civil, sr. de la Serna, el alcalde de Palma, don Antonio Pou, el diputado don José Valenzuela, el senador marqués de la Torre, don Jerónimo Estrada, el ingeniero Garau y, al final, se dirigió al numeroso público, en catalán, "nuestra lengua", el pintor y escritor, Santiago Rusiñol.

Este tren constituyó una revolución en su época. Era "el tren de la modernidad", que permitía prescindir, al fin, casi totalmente, del camino del Coll. Partía de la *gare* de Palma, con sus amplios andenes, la gran marquesina, unas verjas artísticas que recordaban, al decir de los muchos sollerinses afrancesados, la maravilla de ingeniería de la Tour Eiffel. El airoso viaducto de Montreals, los trece túneles; el "túnel gros", de 2.000 metros de longitud, el "túnel de la S"...

Don Miguel de Unamuno y otros viajeros

Poco después, en 1916, en plena Primera Guerra Mundial, don Miguel de Unamuno y Jugo estuvo también en Mallorca. Y se llegó al puerto de Sóller. Le pareció Sóller "como una isla dentro de la Isla". Y, su puerto, "un puertecillo apacible

y soñador, al que apechugan las montañas que desde lo más alto de sus márgenes parecen cerrar a la vista su entrada, un lago". Abunda en la idea de Rusiñol de que, "los barcos allí deben olvidarse que tienen que salir, pues es como un retiro".

Al estar Sóller cerrado al resto de la Isla por las montañas, piensa que se abre solamente al mar. Por él tienen que buscar los "sollerines", su destino. Y se van al Mediodía de Francia, y a toda Europa, a vender sus frutos, a pregonar sus naranjas:

¡Oranges! ¡Oranges de Sóller!

Ya la sabiduría popular había bautizado a Sóller como "S'Olla" y al valle de su nombre, por el "Vall dels emigrants".

Es comprensible que, en nuestros días, cuando el tren de Sóller es únicamente una emocionante reliquia turística, nos sintamos seducidos por las ventajas de la rápida ruta abierta por el Túnel. Y nos resignemos a la caótica circulación de tantos automóviles y tantos grandes autobuses. Y aceptemos la condena de la presencia de múltiples barcos que transportan pasajeros internacionales, fondeados en su bahía. Nos hemos acostumbrado a ver en sus calles, rebosantes de tiendas de "souvenirs", a múltiples turistas alemanes, japoneses y, sobre todo, franceses. Es imposible imaginarse el antiguo, sosegado, silencioso, *Es Port*. Y menos concebir el calvario que suponía acceder a él durante el siglo XIX, atravesando, en galera o diligencia, las estrechas revueltas del *Coll*.

Pero tenemos constancia fiel de aquellas pretéritas circunstancias merced a las relaciones de varios escritores decimonónicos. Por ejemplo, Laurens en *Souvenirs d'un voyage d'art à l'île de Majorque*, escrito en 1840. Wood, *Letters from Mallorca*, publicada en 1836. Pangenstecher, *La Isla de Mallorca*, en 1867. Vuillier, *Voyage aux Illes Baléares*, en 1890, y *Les illes oubliées*, en 1893.

Todos ellos calificaron de *Jardín de las Hespérides* al ubérrimo valle de Sóller. Exageraron sus excelencias. J.B. Laurens, por ejemplo, en sus *Recuerdos*, cuenta que, ha visto árboles con una carga de frutos de hasta dos mil cincuenta naranjas. E hizo cortar de una parra un racimo de uvas que pesaba más de veinte libras. Incluso el incómodo camino en carro de Sóller al Puerto, hora y media, le parecía agradable.

Otra referencia, poco conocida, de un viaje a Mallorca es la de Crawford Flitch. A principios de nuestro siglo, en 1911, un amigo de Unamuno, el escritor británico Crawford Flitch, traductor al inglés de la obra de don Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, publicó en Londres un libro titulado, *Mediterranean Moods*. Curioso diario de un viaje a Mallorca, Ibiza y Cerdeña.

Crawford Flitch recorrió Mallorca a lomos de una mula llamada Conchita, y acompañado por un tal *Pepe* como rodrigón.

En este diario se dedica un extenso capítulo a Sóller y su Puerto. Con el libro se presentó Crawford a Unamuno en Salamanca. Don Miguel tomó buena nota de los humorísticos comentarios que, sobre Mallorca, hacía su "amigo del alma", que así calificaba a Flitch el Rector, en su ensayo, *De Fuerteventura a París*.

Tampoco dejemos caer en el desván del olvido las descripciones geográficas e históricas de Furió, Piferrer, José M^a Quadrado, de Sóller y su Puerto. Ni desdeñemos el erudito tratado del Archiduque Luis Salvador en *Die Balearem*.

Su alteza Imperial y Real, en su primer viaje a Mallorca, en 1866, cuando sólo se presentaba como el conde de Neudorf, con su ya inseparable mentor, don Francisco Manuel de los Herreros, estuvo en el Puerto de Sóller.

Volvería en otras ocasiones. En una de ellas, mucho después, propietario al fin de Miramar, se alojó en el edificio modernis-

ta, *el xalet del Port*. Años antes, el 19 de junio de 1873, su barco, el *Nixe*, atracó en *Es Port*. Venía el yate de Fiume, Bona, Bugía, había atravesado el estrecho de la Dragonera, avistado Miramar, y arribó, muy de mañana, al Puerto de Sóller. Donde le esperaban Herreros, el cónsul y Vives, quienes embarcaron de inmediato.

El complaciente y servil Antonio Vives se turbó mucho al conocer, a bordo, a un joven de belleza clásica, perfecta; rubio, de aspecto “muy delicado”, Wlatislau Vyborni. Que se hallaba mareado por los vaivenes de la navegación.

Vyborni fue el trágico y gran amor homosexual del “Archiduque Errante”.

Poetas y Pintores

Los poetas clásicos mallorquines, Costa y Llobera, Juan Alcover, Miguel de los Santos Oliver, Gabriel Alomar, Lorenzo Riber, Miguel Ferrá, Miguel Frontera, Guillermo Colom, atraídos por la grandiosidad de la costa Norte de Mallorca, no se detienen a considerar la recóndita belleza del Puerto de Sóller.

Solamente en la posguerra, Jaime Vidal Alcover en su libro, *Dos viatges per mar, La volta a l'illa en llaüt*, presenta cinco poemas dedicados, también, al paisaje de la costa norte, mas titula el segundo, *Del Port d'Andraitx al Port de Sóller*. Y, el tercero, específicamente, el *Port de Sóller*. Consta éste de dos partes: *Entrada y Tors a la vorera*. Que recuerdan la simbología de los poemas del malogrado Bartolomé Rosselló-Porcel.

Comienza así la Entrada:

*Aquí verdegem
com a una terra promesa,
el llaüt que ara ens hi mena
potser no en sorti llaüt.*

Los pintores, a su vez, tampoco han sido proclives a immortalizar con sus pinceles el panorama marítimo del Puerto de Sóller. Fueron, y son, más afines a seguir

la Escuela de Pollensa, iniciada por Hermenegildo Anglada Camarasa y Tito Cittadini, y la de Deià, con sus pontífices Antonio Ribas, Joaquín Mir, el grupo *Deu des Teix*.

Sóller aunque la afluencia de pintores fue masiva, no ha creado una escuela propia y diferenciada. Una pléyade de artistas pintó, sobre todo, sus montañas cercanas: Cristóbal Pizá, Antonio Gelabert, Lorenzo Cerdá, José Castellanas, José Puigdemogolas.

Santiago Rusiñol, Joaquín Mir, William Degouve, Eliseo Maifren, apenas han reflejado en sus óleos el Puerto de Sóller. Erwin Hubwert lo plasmó, en cambio, en varias minuciosas acuarelas. Y en nuestros días, Lucas Berendsen y Daniel Codorniu, han pintado el Puerto de Sóller, y sus cuadros han sido reproducidos, profusamente, en comerciales tarjetas postales.

Un pintor tan vinculado al paisaje de su tierra natal como Bernardino Celiá, tampoco ha prestado demasiada atención al mar; ni al *Port*. Quizás porque le inspirara poco o temiera caer en el amaneramiento de un arte denominado en el “argot” profesional, “de colección de postales del escudo de oro”. Bernardino Celiá Colón, durante cerca de veinte años, dibujó *Sa Calobra*. Vivía en una casa de *El Caserío, Ca'n Pinya*, que tenía un emparrado en su fachada de piedra. Pintó también el *Torrent de Pareis*, el impresionante escenario en el que ha cantado muchos veranos el coro de la *Capella Mallorquina*, acontecimiento musical organizado por el pintor catalán Josep Coll Bardoleit.

Otro famoso artista, Joaquín Mir, vivió, asimismo, en *Sa Calobra*. Como un salvaje. En una choza de la que salía cada mañana muy temprano. A pintar, con su paleta de exaltados colores, los acantilados, los celajes, las aguas sosegadas de la costa; la variopinta vegetación de *El Torrent*. Unos lugares muy próximos al Puerto de Sóller, a los que se acede por el litoral siguiendo el sendero de Balitx.

El paisaje de Castilla es horizontal. El del *Torrent de Pareis* es vertical, con el cielo partido en dos por la desazón de los altos roquedales.

Mir y Celiá reflejan en su obra pictórica, *Sa Calobra* y el *Torrent*, con violencia. José Ventosa, por el contrario, retrata en sus lienzos el mismo paisaje con suave primor.

Nos gustaría poder conocer, algún día, los cuadros que pintaron, un verano, enfebrecidamente, del Puerto de Sóller y sus alrededores, monsieur y madame Poulet.

Coda

De aquel romántico, literario, *Port*, *Puerto de la Calma*, fugaz refugio de raros personajes, célebres parejas de enamorados, poetas, pintores, y una bélica y olvi-

dada Estación Naval, sólo perdura la memoria de un tiempo desvanecido definitivamente.

El sol rojo se hunde en el horizonte. Llega la noche, y la luna redonda:

*Lluna del port
L'aigua que brilla
sosté la quilla
del meu record.*

Siempre retornaremos al mar. "A la sombra del mar".

El mar del Puerto de Sóller es una balsa de aguas verdes y transparentes. Una mar quieta, feliz, al socaire del mistral y la tramontana. Sin la zozobra de los vientos atlánticos ni la angustia de las orillas por descubrir. Tal vez porque duerme en su seno la sabiduría antigua de Grecia y de Roma.